

EL FÉNIX EN LA ESPADA

de Robert E. Howard



Publicado por [Libros Gratis Online](#).
Visita el sitio para [Descarga libros electrónicos gratuitos de literatura clásica](#), libros y novelas.

Esta obra está licenciada bajo una
[Licencia Creative Commons Atribución No Comercial 3.0 Estados Unidos](#).

[El fénix en la espada de Robert E. Howard](#)

CAPÍTULO I

"Sabed, oh príncipe, que entre los años en que los océanos se bebieron la Atlántida y las relucientes ciudades, y los años del surgimiento de los Hijos de Aryas, hubo una Edad no soñada, en la que reinos brillantes se extendían por el mundo como mantos azules bajo las estrellas: Nemedias, Ophir, Brythunia, Hyperborea, Zamora con sus mujeres de pelo oscuro y sus torres de misterio embrujadas por las arañas, Zingara con su caballería, Koth que limitaba con las tierras de pastoreo de Shem, Estigia con sus tumbas vigiladas por las sombras, Hyrkania cuyos jinetes llevaban acero y seda y oro. Pero el reino más orgulloso del mundo era Aquilonia, que reinaba en el soñado oeste. Hasta allí llegó Conan, el cimmerico, de pelo negro, ojos hoscos, espada en mano, ladrón, segador, asesino, con gigantescas melancolías y gigantescas alegrías, para hollar los tronos enjorjados de la Tierra bajo sus pies de sandalia".

- Las Crónicas Nemedianas.

Sobre las espirales sombrías y las torres relucientes se extiende la oscuridad y el silencio fantasmales que corren antes del amanecer. En un callejón oscuro, uno de los verdaderos laberintos de caminos misteriosos y sinuosos, cuatro figuras enmascaradas salieron apresuradamente de una puerta que una mano oscura abrió

furtivamente. No hablaron, sino que se adentraron rápidamente en la penumbra, envueltos en sus mantos; tan silenciosamente como los fantasmas de los hombres asesinados, desaparecieron en la oscuridad. Detrás de ellos, un rostro sardónico se enmarcaba en la puerta parcialmente abierta; un par de ojos malignos brillaban malévolamente en la penumbra.

"Id a la noche, criaturas de la noche", se burló una voz. "Oh, tontos, vuestra perdición os persigue como un perro ciego, y no lo sabéis".

El orador cerró la puerta y echó el cerrojo, luego se dio la vuelta y subió al pasillo, con una vela en la mano. Era un gigante sombrío, cuya piel oscura revelaba su sangre estigia. Entró en una cámara interior, donde un hombre alto y delgado, vestido de terciopelo desgastado, descansaba como un gran gato perezoso en un sofá de seda, bebiendo vino de una enorme copa de oro.

"Bien, Ascalante", dijo el Estigio, dejando la vela, "tus incautos se han escabullido a las calles como ratas de sus madrigueras. Trabajas con extrañas herramientas".

"¿Herramientas?", respondió Ascalante. "Vaya, me consideran eso. Durante meses, desde que los Cuatro Rebeldes me convocaron desde el desierto del sur, he estado viviendo en el mismo corazón de mis enemigos, escondiéndome de día en esta oscura casa, y merodeando por callejones oscuros y pasillos más oscuros por la noche. Y he logrado lo que esos nobles rebeldes no pudieron. Trabajando a través de ellos, y a través de otros agentes,

muchos de los cuales nunca han visto mi cara, he llenado el imperio de sedición y malestar. En resumen, yo, trabajando en las sombras, he preparado la caída del rey que se sienta en el trono del sol. Por Mitra, fui un estadista antes de ser un forajido".

"¿Y estos incautos que se consideran tus amos?"

"Seguirán pensando que les sirvo, hasta que nuestra tarea actual se haya completado. ¿Quiénes son ellos para enfrentarse a Ascalante? Volmana, el conde enano de Karaban; Gromel, el gigantesco comandante de la Legión Negra; Dion, el gordo barón de Attalus; Rinaldo, el juglar con cerebro de liebre. Yo soy la fuerza que ha soldado el acero de cada uno, y por la arcilla de cada uno, los aplastaré cuando llegue el momento. Pero eso está en el futuro; esta noche muere el rey".

"Hace días vi a los escuadrones imperiales salir de la ciudad", dijo el Estigio.

"Cabalaron hasta la frontera que asaltan los paganos pictos, gracias al fuerte licor que he pasado de contrabando por las fronteras para enloquecerlos. La gran riqueza de Dion lo hizo posible. Y Volmana hizo posible disponer del resto de las tropas imperiales que permanecían en la ciudad. A través de su parentela principesca en Nemedía, fue fácil persuadir al rey Numa para que solicitara la presencia del conde Trocero de Poitain, senescal de Aquilonia; y por supuesto, para hacerle honor, le acompañará una escolta imperial, además de sus propias tropas, y Próspero, mano derecha del rey Conan. Eso deja sólo a la guardia personal del rey

en la ciudad, además de la Legión Negra. A través de Gromel he corrompido a un oficial derrochador de esa guardia, y lo he sobornado para que aleje a sus hombres de la puerta del rey a medianoche.

"Entonces, con dieciséis pícaros desesperados míos, entramos en el palacio por un túnel secreto. Una vez realizada la hazaña, aunque el pueblo no se levante a recibirnos, la Legión Negra de Gromel será suficiente para retener la ciudad y la corona."

"¿Y Dion cree que la corona le será entregada?"

"Sí. El gordo tonto la reclama por un rastro de sangre real. Conan comete un grave error al dejar vivir a hombres que aún se jactan de descender de la antigua dinastía, a la que arrancó la corona de Aquilonia".

"Volmana desea ser reintegrado en el favor real, como lo fue bajo el antiguo régimen, para poder elevar sus pobres propiedades a su antigua grandeza. Gromel odia a Pallantides, comandante de los Dragones Negros, y desea el mando de todo el ejército, con toda la terquedad del bossoniano. Solo entre todos, Rinaldo no tiene ninguna ambición personal. Ve en Conan a un bárbaro de manos rojas y pies rudos que salió del norte para saquear una tierra civilizada. Idealiza al rey al que Conan mató para conseguir la corona, recordando sólo que ocasionalmente patrocinó las artes, y olvidando los males de su reinado, y está haciendo olvidar al pueblo. Ya cantan abiertamente el Lamento por el Rey en el que Rinaldo

alaba al santo villano y denuncia a Conan como "ese salvaje de corazón negro del abismo". Conan se ríe, pero el pueblo gruñe".

"¿Por qué odia a Conan?"

"Los poetas siempre odian a los que están en el poder. Para ellos la perfección está siempre detrás de la última esquina, o más allá de la siguiente. Escapan del presente en sueños del pasado y del futuro. Rinaldo es una antorcha encendida de idealismo, que se eleva, como él cree, para derrocar a un tirano y liberar al pueblo. En cuanto a mí, bueno, hace unos meses había perdido toda ambición, salvo asaltar las caravanas por el resto de mi vida; ahora los viejos sueños se agitan. Conan morirá; Dion subirá al trono. Entonces él también morirá. Uno a uno, todos los que se oponen a mí morirán - por el fuego, o el acero, o esos vinos mortales que sabes preparar tan bien. ¡Ascalante, rey de Aquilonia! ¿Qué te parece el sonido?"

El Estigio se encogió de hombros.

"Hubo un tiempo -dijo con inocultable amargura- en que yo también tenía mis ambiciones, al lado de las cuales las tuyas parecen chabacanas e infantiles. ¡En qué estado he caído! Mis antiguos compañeros y rivales se quedarían mirando si vieran a Thoth-amon del Anillo sirviendo como esclavo de un forastero, y además fuera de la ley; ¡y ayudando a las mezquinas ambiciones de barones y reyes!"

"Confiaste en la magia y en la momia", respondió Ascalante con despreocupación. "Yo confío en mi ingenio y en mi espada".

"El ingenio y la espada son como pajas contra la sabiduría de la Oscuridad", gruñó el Estigio, con sus ojos oscuros parpadeando con luces y sombras amenazantes. "Si no hubiera perdido el Anillo, nuestras posiciones podrían estar invertidas".

"Sin embargo", respondió el forajido con impaciencia, "llevas las rayas de mi látigo en la espalda, y es probable que las sigas llevando".

"¡No estés tan seguro!" El odio diabólico del Estigio brilló por un instante enrojecido en sus ojos. "Algún día, de alguna manera, encontraré el Anillo de nuevo, y cuando lo haga, por los colmillos de serpiente de Set, pagarás..."

El acalorado aquilonio se levantó y le dio un fuerte golpe en la boca. Thoth retrocedió, con la sangre brotando de sus labios.

"Te has vuelto demasiado audaz, perro", gruñó el forajido. "Ten cuidado; todavía soy tu amo, que conoce tu oscuro secreto. Ve a los tejados y grita que Ascalante está en la ciudad conspirando contra el rey, si te atreves".

"No me atrevo", murmuró el Estigio, limpiándose la sangre de los labios.

"No, no te atreves", dijo Ascalante con una sonrisa sombría. "Porque si muero por tu sigilo o traición, un sacerdote ermitaño del desierto del sur lo sabrá, y romperá el sello de un manuscrito que dejé en sus manos. Y una vez leído, se susurrará una palabra en Estigia, y un viento subirá desde el sur a medianoche. ¿Y dónde esconderás la cabeza, Thoth-amon?"

El esclavo se estremeció y su rostro oscuro se volvió ceniciento.

"¡Basta!" Ascalante cambió su tono perentoriamente. "Tengo trabajo para ti. No confío en Dion. Le pedí que cabalgara a su finca y se quedara allí hasta que terminara el trabajo de esta noche. El gordo tonto nunca pudo ocultar su nerviosismo ante el rey hoy. Cabalga tras él, y si no lo alcanzas en el camino, dirígete a su finca y quédate con él hasta que mandemos a buscarlo. No le perdáis de vista. Está aturdido por el miedo, y podría huir, incluso podría correr hacia Conan en pánico, y revelar todo el complot, esperando así salvar su propio pellejo. Ve".

El esclavo se inclinó, ocultando el odio en sus ojos, e hizo lo que se le había ordenado. Ascalante se volvió de nuevo hacia su vino. Sobre las agujas enjoyadas se alzaba un amanecer carmesí como la sangre.

CAPÍTULO II

Cuando era un hombre de combate, los tambores de la caldera golpeaban,

El pueblo esparcía polvo de oro ante los pies de mi caballo;

Pero ahora que soy un gran rey, la gente me persigue

Con veneno en mi copa de vino, y dagas en mi espalda.

-El camino de los reyes.

La sala era grande y ornamentada, con ricos tapices en las paredes de paneles pulidos, profundas alfombras en el suelo de marfil, y con el elevado techo adornado con intrincadas tallas y volutas de plata. Detrás de una mesa de escribir de marfil con incrustaciones de oro estaba sentado un hombre cuyos anchos hombros y piel morena parecían estar fuera de lugar en aquel exuberante entorno. Parecía más bien una parte del sol y los vientos y las alturas de las tierras exteriores. El más mínimo movimiento que realizara indicaba la existencia de unos músculos de acero unidos a un cerebro agudo con la coordinación de un combatiente nato. No había nada deliberado o medido en sus acciones. O bien estaba en

perfecto reposo, quieto como una estatua de bronce, o bien se movía, no con la rapidez espasmódica de unos nervios demasiado tensos, sino con una velocidad felina que nublaba la vista que intentaba seguirlo.

Su vestimenta era de rico tejido, pero de sencilla confección. No llevaba anillos ni adornos, y su melena negra de corte cuadrado se limitaba a una banda de tela de plata alrededor de la cabeza.

Ahora dejó el lápiz de oro con el que había estado garabateando laboriosamente en un papiro encerado, apoyó la barbilla en el puño y fijó sus ardientes ojos azules con envidia en el hombre que tenía delante. Esta persona estaba ocupada en sus propios asuntos en ese momento, ya que estaba recogiendo los cordones de su armadura bañada en oro y silbando de forma abstracta, una actuación poco convencional, teniendo en cuenta que estaba en presencia de un rey.

"Próspero", dijo el hombre de la mesa, "estas cuestiones de estado me cansan como nunca lo hicieron todas las luchas que he hecho".

"Todo forma parte del juego, Conan", respondió el poitano de ojos oscuros. "Eres el rey, debes interpretar el papel".

"Ojalá pudiera cabalgar contigo a Nemedía", dijo Conan con envidia. "Parece que hace años que no tengo un caballo entre mis

rodillas, pero Publio dice que los asuntos de la ciudad requieren mi presencia. ¡Maldito sea!

"Cuando derroqué a la antigua dinastía -continuó, hablando con la fácil familiaridad que sólo existía entre el poitano y él-, fue bastante fácil, aunque en aquel momento me pareció muy duro. Mirando ahora hacia atrás, sobre el salvaje camino que seguí, todos esos días de trabajo, intriga, matanza y tribulación parecen un sueño.

"No soñé lo suficiente, Próspero. Cuando el rey Numedides yacía muerto a mis pies y yo arrancaba la corona de su cabeza ensangrentada y la colocaba en la mía, había llegado a la última frontera de mis sueños. Me había preparado para tomar la corona, no para sostenerla. En los viejos tiempos libres sólo quería una espada afilada y un camino recto hacia mis enemigos. Ahora ningún camino es recto y mi espada es inútil.

"Cuando derroqué a Numedides, entonces era el Libertador; ahora escupen mi sombra. Han puesto una estatua de ese cerdo en el templo de Mitra, y la gente va y se lamenta ante ella, aclamándola como la santa efigie de un monarca santo que fue asesinado por un bárbaro de manos rojas. Cuando llevé a sus ejércitos a la victoria como mercenario, Aquilonia pasó por alto el hecho de que yo era un extranjero, pero ahora no puede perdonarme.

"Ahora en el templo de Mitra vienen a quemar incienso a la memoria de Numedides, hombres a los que sus verdugos mutilaron y cegaron, hombres cuyos hijos murieron en sus mazmorras, cuyas

esposas e hijas fueron arrastradas a su serrallo. ¡Los tontos volubles!"

"Rinaldo es en gran parte responsable", respondió Próspero, subiéndole una muesca más al cinturón de su espada. "Canta canciones que vuelven locos a los hombres. Cuélguenlo con su traje de bufón en la torre más alta de la ciudad. Que haga rimas para los buitres".

Conan sacudió su cabeza de león. "No, Próspero, está fuera de mi alcance. Un gran poeta es más grande que cualquier rey. Sus canciones son más poderosas que mi cetro, pues casi me ha arrancado el corazón del pecho cuando decidió cantar para mí. Yo moriré y seré olvidado, pero las canciones de Rinaldo vivirán para siempre.

"No, Próspero -continuó el rey, con una sombría mirada de duda ensombreciendo sus ojos-, hay algo oculto, algún trasfondo del que no somos conscientes. Lo percibo como en mi juventud percibí al tigre escondido en la hierba alta. Hay una inquietud sin nombre en todo el reino. Soy como un cazador que se agazapa junto a su pequeña hoguera en medio del bosque, y oye unos pies sigilosos que se mueven en la oscuridad, y casi ve el brillo de unos ojos ardientes. Si pudiera encontrar algo tangible, que pudiera hendir con mi espada. Os digo que no es casualidad que los pictos hayan asaltado últimamente con tanta fiereza las fronteras, de modo que los bossonianos han pedido ayuda para rechazarlos. Debería haber cabalgado con las tropas".

"Publio temía un complot para atraparte y matarte más allá de la frontera", replicó Próspero, alisando su gabardina de seda sobre su brillante cota de malla, y admirando su alta y ágil figura en un espejo de plata. "Por eso te instó a permanecer en la ciudad. Estas dudas nacen de tus instintos bárbaros. ¡Que el pueblo gruña! Los mercenarios son nuestros, y los Dragones Negros, y todos los pícaros de Poitain juran por ti. Tu único peligro es el asesinato, y eso es imposible, con hombres de las tropas imperiales vigilándote día y noche. ¿En qué estás trabajando allí?"

"Un mapa", respondió Conan con orgullo. "Los mapas de la corte muestran bien los países del sur, el este y el oeste, pero en el norte son vagos y defectuosos. Yo mismo estoy añadiendo las tierras del norte. Aquí está Cimmeria, donde nací. Y..."

"Asgard y Vanaheim", Próspero escaneó el mapa. "Por Mitra, casi había creído que esos países eran fabulosos".

Conan sonrió salvajemente, tocando involuntariamente las cicatrices de su oscuro rostro. "¡Habrías sabido lo contrario, si hubieras pasado tu juventud en las fronteras del norte de Cimmeria! Asgard se encuentra al norte, y Vanaheim al noroeste de Cimmeria, y hay una guerra continua a lo largo de las fronteras."

"¿Qué clase de hombres son estas gentes del norte?", preguntó Próspero.

"Altos, rubios y de ojos azules. Su dios es Ymir, el gigante de las heladas, y cada tribu tiene su propio rey. Son caprichosos y feroces. Luchan todo el día y beben cerveza y rugen sus canciones salvajes toda la noche".

"Entonces creo que tú eres como ellos", rió Próspero. "Te ríes mucho, bebes mucho y bramas buenas canciones; aunque nunca vi a otro cimmerico que no bebiera más que agua, ni que riera, ni que cantara más que para entonar lúgubres cantos."

"Tal vez sea la tierra en la que viven", respondió el rey. "Nunca hubo una tierra más sombría: todas las colinas, los bosques oscuros, bajo cielos casi siempre grises, con vientos que gimen lúgubremente por los valles".

"No es de extrañar que los hombres se pongan de mal humor allí", dijo Próspero encogiéndose de hombros, pensando en las sonrientes llanuras bañadas por el sol y los azules y perezosos ríos de Poitain, la provincia más meridional de Aquilonia.

"No tienen esperanza ni aquí ni en el futuro", respondió Conan. "Sus dioses son Crom y su raza oscura, que gobiernan un lugar sin sol de niebla eterna, que es el mundo de los muertos. ¡Mitra! Los caminos de los Æsir eran más de mi agrado".

"Bueno", sonrió Próspero, "las oscuras colinas de Cimmeria han quedado muy atrás. Y ahora me voy. Beberé una copa de vino

blanco nemediano para ti en la corte de Numa".

"Bien", gruñó el rey, "pero besa a las bailarinas de Numa sólo para ti, ¡no sea que involucres a los estados!"

Su risa rabiosa siguió a Próspero fuera de la cámara.

CAPÍTULO III

Bajo las pirámides cavernosas el gran Set se enrosca dormido;

Entre las sombras de las tumbas se arrastra su pueblo oscuro.

Hablo la Palabra desde los golfos ocultos que nunca conocieron el sol-

Envíame un siervo para mi odio, ¡oh, escamoso y brillante!

El sol se ponía, grabando el verde y el azul brumoso del bosque en un breve oro. Los rayos menguantes brillaban en la gruesa cadena de oro que Dion de Attalus enroscaba continuamente en su mano regordeta mientras estaba sentado en el floreciente derroche de flores y árboles que era su jardín. Movía su gordo cuerpo en su asiento de mármol y miraba furtivamente a su alrededor, como si buscara un enemigo al acecho. Estaba sentado dentro de una arboleda circular de esbeltos árboles, cuyas ramas entrelazadas le daban una espesa sombra. Cerca de él, una fuente tintineaba de forma plateada, y otras fuentes invisibles en diversas partes del gran jardín susurraban una sinfonía eterna.

Dion estaba solo, excepto por la gran figura oscura que descansaba en un banco de mármol cercano, observando al barón con ojos profundamente sombríos. Dion pensó poco en Thoth-Amon. Sabía vagamente que era un esclavo en el que Ascalante depositaba mucha confianza, pero como tantos hombres ricos, Dion apenas prestaba atención a los hombres que estaban por debajo de su posición en la vida.

"No tienes que estar tan nervioso", dijo Thoth. "El complot no puede fallar".

"Ascalante puede cometer errores tan bien como otro", espetó Dion, sudando ante la mera idea del fracaso.

"Él no", sonrió salvajemente el estigio, "si no, no habría sido su esclavo, sino su amo".

"¿Qué charla es ésta?", contestó Dion malhumorado, con la mente puesta sólo en la conversación.

Los ojos de Thoth-Amón se entrecerraron. A pesar de su férreo autocontrol, estaba a punto de estallar por la vergüenza, el odio y la rabia largamente retenidos, dispuesto a correr cualquier tipo de riesgo desesperado. Lo que no tenía en cuenta era el hecho de que Dion lo veía, no como un ser humano con cerebro e ingenio, sino simplemente como un esclavo, y como tal, una criatura despreciable.

"Escúchame", dijo Thoth. "Serás rey. Pero conoces poco la mente de Ascalante. No puedes confiar en él, una vez que Conan sea asesinado. Yo puedo ayudarte. Si me proteges cuando llegues al poder, te ayudaré.

"Escuche, mi señor. Fui un gran hechicero en el sur. Los hombres hablaban de Thoth-Amon como hablaban de Rammon. El rey Ctesphon de Estigia me dio un gran honor, echando a los magos de los lugares altos para exaltarme por encima de ellos. Me odiaban, pero me temían, pues yo controlaba a los seres del exterior que acudían a mi llamada y cumplían mis órdenes. Por Set, mi enemigo no sabía la hora en que podría despertarse a medianoche para sentir los dedos con garras de un horror sin nombre en su garganta. Hice magia oscura y terrible con el Anillo de la Serpiente de Set, que encontré en una tumba nocturna a una legua bajo la tierra, olvidada antes de que el primer hombre se arrastrara fuera del viscoso mar.

"Pero un ladrón robó el Anillo y mi poder se rompió. Los magos se levantaron para matarme, y yo huí. Disfrazado de camellero, viajaba en una caravana en la tierra de Koth, cuando los segadores de Ascalante cayeron sobre nosotros. Todos los miembros de la caravana fueron asesinados excepto yo; salvé mi vida revelando mi identidad a Ascalante y jurando servirle. ¡Amarga ha sido esa esclavitud!

"Para retenerme, escribió sobre mí en un manuscrito, lo selló y lo entregó en manos de un ermitaño que habita en las fronteras del sur de Koth. No me atrevo a clavarle un puñal mientras duerme, ni a

delatarlo a sus enemigos, porque entonces el ermitaño abriría el manuscrito y lo leería; así se lo ordenó Ascalante. Y diría una palabra en Estigia-".

De nuevo, Thoth se estremeció y un tono ceniciento tiñó su oscura piel.

"Los hombres no me conocían en Aquilonia", dijo. "Pero si mis enemigos en Estigia se enteraran de mi paradero, ni la anchura de medio mundo entre nosotros bastaría para salvarme de una condena que haría estallar el alma de una estatua de bronce. Sólo un rey con castillos y ejércitos de espadachines podría protegerme. Así que te he contado mi secreto, y te insto a que hagas un pacto conmigo. Yo puedo ayudarte con mi sabiduría, y tú puedes protegerme. Y algún día encontraré el Anillo..."

"¿Anillo? ¿Anillo?" Thoth había subestimado el absoluto egoísmo del hombre. Dion ni siquiera había escuchado las palabras del esclavo, tan absorto en sus propios pensamientos, pero la última palabra despertó una onda en su egocentrismo.

"¿Anillo?", repitió. "Eso me hace recordar: mi anillo de la buena fortuna. Me lo dio un ladrón shemita que juró que se lo había robado a un mago del sur y que me traería suerte. Le pagué lo suficiente, Mitra lo sabe. Por los dioses, necesito toda la suerte que pueda tener, con Volmana y Ascalante arrastrándome a sus sangrientas conspiraciones; me ocuparé del anillo".

Thoth se levantó de un salto, con la sangre subiéndole a la cara, mientras sus ojos ardían con la furia aturdida de un hombre que de repente se da cuenta de toda la profundidad de la estupidez de un tonto. Dion no le hizo caso. Levantando una tapa secreta en el asiento de mármol, tanteó por un momento entre un montón de artilugios de diversa índole: amuletos bárbaros, trozos de huesos, piezas de joyería chabacana, piezas de la suerte y conjuros que la naturaleza supersticiosa del hombre le había llevado a coleccionar.

"¡Ah, aquí está!" Levantó triunfalmente un anillo de curiosa factura. Era de un metal parecido al cobre y tenía la forma de una serpiente con escamas, enroscada en tres bucles, con la cola en la boca. Sus ojos eran gemas amarillas que brillaban torvamente. Thoth-Amón gritó como si le hubieran golpeado, y Dion se giró y se quedó boquiabierto, con el rostro repentinamente ensangrentado. Los ojos del esclavo ardían, su boca se abría de par en par y sus enormes manos oscuras se extendían como garras.

"¡El anillo! ¡Por Set! El Anillo!", gritó. "El acero brilló en la mano del Estigio y con un impulso de sus grandes y oscuros hombros clavó la daga en el gordo cuerpo del barón. El fino chillido de Dion se convirtió en un gorgoteo estrangulado y todo su flácido cuerpo se derrumbó como mantequilla derretida. Tonto hasta el final, murió con un terror loco, sin saber por qué. Arrojando a un lado el cadáver arrugado, ya olvidado de él, Thoth agarró el anillo con ambas manos, sus ojos oscuros ardiendo con una temible avidez.

"¡Mi anillo!", susurró con terrible exultación. "¡Mi poder!"

Ni siquiera el estigmatizador sabía cuánto tiempo estuvo agachado sobre el objeto funesto, inmóvil como una estatua, bebiendo su aura maligna en su alma oscura. Cuando se sacudió de su letargo y sacó su mente de los abismos nocturnos en los que había estado buscando, la luna estaba saliendo, proyectando largas sombras sobre el liso respaldo de mármol del asiento del jardín, a cuyos pies se extendía la sombra más oscura que había sido el señor de Attalus.

"¡Ya no, Ascalante, ya no!", susurró el Estigio, y sus ojos ardían rojos como los de un vampiro en la penumbra. Inclinandose, cogió un puñado de sangre que se estaba coagulando en el charco en el que se extendía su víctima, y lo frotó en los ojos de la serpiente de cobre hasta que las chispas amarillas quedaron cubiertas por una máscara carmesí.

"Ciega tus ojos, serpiente mística", cantó en un susurro que helaba la sangre. "¡Ciega tus ojos a la luz de la luna y ábrelos en los golfos más oscuros! ¿Qué ves, oh serpiente de Set? ¿A quién llamas desde los golfos de la Noche? ¿A quién llamas desde los abismos de la Noche? Llámalo a mí, oh serpiente de Set".

Acariciando las escamas con un peculiar movimiento circular de sus dedos, un movimiento que siempre llevaba a los dedos de vuelta a su lugar de partida, su voz se hundió aún más mientras susurraba nombres oscuros y conjuros espeluznantes olvidados en todo el mundo excepto en las sombrías tierras interiores de la oscura Estigia, donde formas monstruosas se mueven en el crepúsculo de las tumbas.

Había un movimiento en el aire a su alrededor, un remolino como el que se produce en el agua cuando alguna criatura sube a la superficie. Un viento helado y sin nombre sopló sobre él brevemente, como si procediera de una puerta abierta. Thoth sintió una presencia a su espalda, pero no miró a su alrededor. Mantuvo la mirada fija en el espacio de mármol iluminado por la luna, sobre el que se cernía una tenue sombra. A medida que continuaba con sus conjuros susurados, esta sombra crecía en tamaño y claridad, hasta que se distinguía de forma clara y horrenda. Su silueta no era muy diferente a la de un gigantesco babuino, pero ningún babuino de este tipo había caminado por la tierra, ni siquiera en Estigia. Sin embargo, Thoth no miró, sino que sacó de su cinturón una sandalia de su maestro -que siempre llevaba con la vaga esperanza de poder darle ese uso- y la arrojó detrás de él.

"¡Conócelo bien, esclavo del Anillo!", exclamó. "¡Encuentra al que lo llevaba y destrúyelo! ¡Míralo a los ojos y revienta su alma, antes de arrancarle la garganta! ¡Mátalo! Sí", en un estallido ciego de pasión, "¡y a todos con él!"

Grabado en la pared iluminada por la luna, Thoth vio cómo el horror bajaba su deforme cabeza y tomaba el rastro como un horrible sabueso. Luego la espantosa cabeza se echó hacia atrás y la cosa giró y se fue como un viento entre los árboles. El estigmatizador levantó los brazos en señal de enloquecida exaltación, y sus dientes y ojos brillaron a la luz de la luna.

Un soldado que montaba guardia fuera de las murallas gritó horrorizado cuando una gran sombra negra con ojos llameantes

atravesó la muralla y pasó junto a él con un remolino de viento. Pero desapareció tan rápidamente que el desconcertado guerrero se preguntó si había sido un sueño o una alucinación.

CAPÍTULO IV

Cuando el mundo era joven y los hombres eran débiles, y los demonios de la noche andaban libres,

luché con Set con fuego y acero y el jugo del árbol de upas;

Ahora que duermo en el corazón negro del monte, y las edades se cobran su precio,

¿Olvidáis al que luchó con la Serpiente para salvar el alma humana?

Solo en la gran cámara de dormir con su alta cúpula dorada, el rey Conan se durmió y soñó. A través de las nieblas grises que se arremolinaban, oyó una curiosa llamada, débil y lejana, y aunque no la entendía, no parecía estar en su mano ignorarla. Espada en mano, atravesó la niebla gris, como un hombre podría atravesar las nubes, y la voz se hizo más clara a medida que avanzaba, hasta que comprendió la palabra que pronunciaba: era su propio nombre el que estaba siendo llamado a través de los abismos del Espacio o del Tiempo.

Ahora la niebla se hizo más clara y vio que estaba en un gran corredor oscuro que parecía estar cortado en piedra negra sólida. No estaba iluminado, pero por alguna magia podía ver con claridad. El suelo, el techo y las paredes estaban muy pulidos y brillaban dulcemente, y estaban tallados con las figuras de antiguos héroes y dioses medio olvidados. Se estremeció al ver las vastas y sombrías siluetas de los Ancianos sin Nombre, y supo de algún modo que los pies de los mortales no habían atravesado el corredor durante siglos.

Llegó a una amplia escalera tallada en la roca maciza, y los lados del pozo estaban adornados con símbolos esotéricos tan antiguos y horribles que al rey Conan se le erizó la piel. Los peldaños estaban tallados cada uno con la abominable figura de la Vieja Serpiente, Set, de modo que a cada paso plantaba su talón en la cabeza de la Serpiente, como se pretendía desde antiguo. Pero no por ello estaba menos tranquilo.

Pero la voz lo llamaba, y al fin, en una oscuridad que habría sido impenetrable para sus ojos materiales, entró en una extraña cripta, y vio una vaga figura de barba blanca sentada sobre una tumba. A Conan se le erizaron los cabellos y agarró su espada, pero la figura habló en tonos sepulcrales.

"Oh, hombre, ¿me conoces?"

"¡Yo no, por Crom!", juró el rey.

"Hombre", dijo el anciano, "soy Epemitreus".

"¡Pero si Epemitreus el Sabio lleva muerto mil quinientos años!", tartamudeó Conan.

"¡Escucha!", dijo el otro con tono autoritario. "Como un guijarro arrojado a un lago oscuro envía ondas a las orillas más lejanas, los acontecimientos en el Mundo Invisible han roto como olas en mi sueño. Te he marcado bien, Conan de Cimmeria, y el sello de poderosos sucesos y grandes hazañas está sobre ti. Pero hay presagios sueltos en la tierra, contra los que tu espada no puede ayudarte".

"Hablas con acertijos", dijo Conan con inquietud. "Déjame ver a mi enemigo y le partiré el cráneo hasta los dientes".

"Desata tu furia bárbara contra tus enemigos de carne y hueso", respondió el anciano. "No es contra los hombres contra los que debo protegerte. Hay mundos oscuros apenas adivinados por el hombre, en los que monstruos sin forma se convierten en leyendas que pueden ser atraídas desde los Vacíos Exteriores para tomar forma material y desgarrar y devorar a las órdenes de los magos malvados. Hay una serpiente en tu casa, oh rey, una víbora en tu reino, subida de Estigia, con la oscura sabiduría de las sombras en su turbia alma. Como un hombre dormido sueña con la serpiente que se arrastra cerca de él, he sentido la asquerosa presencia del neófito de Set. Está ebrio de un poder terrible, y los golpes que

asesta a su enemigo bien pueden hacer caer el reino. Te he llamado para darte un arma contra él y su manada de sabuesos infernales".

"¿Pero por qué?", preguntó desconcertado Conan. "Los hombres dicen que duermes en el negro corazón de Golamira, desde donde envías tu fantasma en alas invisibles para ayudar a Aquilonia en tiempos de necesidad, pero yo soy un forastero y un bárbaro".

"¡Paz!", los tonos fantasmales reverberaron en la gran caverna sombría. "Tu destino es uno con Aquilonia. Se están formando acontecimientos gigantescos en la red y el vientre del Destino, y un hechicero loco de sangre no se interpondrá en el camino del destino imperial. Hace años, Set se enroscaba sobre el mundo como una pitón sobre su presa. Toda mi vida, que fue como la vida de tres hombres comunes, luché contra él. Lo conduje a las sombras del misterioso sur, pero en la oscura Estigia los hombres siguen adorando al que para nosotros es el archidemonio. Al igual que luché contra Set, lucho contra sus adoradores, sus seguidores y sus acólitos. Extiende tu espada".

Maravillado, Conan lo hizo, y en la gran hoja, cerca de la pesada guarda de plata, el anciano trazó con un dedo huesudo un extraño símbolo que brillaba como fuego blanco en las sombras. Y en el mismo instante la cripta, la tumba y el anciano desaparecieron, y Conan, desconcertado, saltó de su sofá en la gran cámara de cúpula dorada. Y mientras estaba de pie, desconcertado por la extrañeza de su sueño, se dio cuenta de que tenía la espada en la mano. Y el pelo se le erizó en la nuca, porque en la ancha hoja había un símbolo tallado: el contorno de un fénix. Y recordó que en la tumba de la cripta había visto lo que le había parecido una figura similar, tallada en piedra. Ahora se preguntaba si no había sido más

que una figura de piedra, y se le erizó la piel ante lo extraño de todo aquello.

Entonces, mientras estaba de pie, un sonido sigiloso en el pasillo de afuera lo hizo revivir, y sin detenerse a investigar, comenzó a ponerse la armadura; de nuevo era el bárbaro, desconfiado y alerta como un lobo gris en la bahía.

CAPÍTULO V

¿Qué sé yo de las formas cultas, el dorado, el oficio y la mentira?

Yo, que nací en una tierra desnuda y me crié en el cielo abierto.

La lengua sutil, la astucia sofista, fallan cuando cantan las espadas;

Apresuraos y morid, perros: fui hombre antes de ser rey.

-El camino de los reyes.

A través del silencio que envolvía el corredor del palacio real se deslizaron veinte figuras furtivas. Sus sigilosos pies, descalzos o enfundados en suave cuero, no hacían ruido ni en la gruesa alfombra ni en las baldosas de mármol desnudas. Las antorchas que se encontraban en los nichos a lo largo de los pasillos brillaban en rojo sobre la daga, la espada y el hacha de afilado filo.

"¡Tranquilos todos!", siseó Ascalante. "¡Dejad de respirar tan fuerte, sea quien sea! El oficial de la guardia nocturna ha retirado a la mayoría de los centinelas de estos pasillos y ha emborrachado al resto, pero debemos tener cuidado igualmente. ¡Atrás! Aquí viene la guardia".

Se apiñaron detrás de un grupo de pilares tallados y, casi inmediatamente, diez gigantes con armadura negra pasaron a paso ligero. Sus rostros mostraban dudas al mirar al oficial que los alejaba de su puesto de trabajo. Este oficial estaba bastante pálido; cuando la guardia pasó por los escondites de los conspiradores, se le vio secarse el sudor de la frente con una mano temblorosa. Era joven, y esta traición a un rey no le resultó fácil. Maldijo mentalmente la vana y gloriosa extravagancia que le había endeudado con los prestamistas y le había convertido en un peón de los políticos intrigantes.

Los guardias pasaron con estrépito y desaparecieron por el pasillo.

"¡Bien!", sonrió Ascalante. "Conan duerme sin vigilancia. ¡Deprisa! Si nos descubren matándolo, estamos perdidos, pero pocos hombres apoyarán la causa de un rey muerto".

"¡Sí, deprisa!", gritó Rinaldo, sus ojos azules coincidiendo con el brillo de la espada que blandía sobre su cabeza. "¡Mi espada está sedienta! ¡Oigo la reunión de los buitres! Adelante".

Recorrieron el pasillo a toda velocidad y se detuvieron ante una puerta dorada con el símbolo del dragón real de Aquilonia.

"¡Gromel!", espetó Ascalante. "¡Rompe esta puerta para abrirla!"

El gigante respiró profundamente y lanzó su poderosa estructura contra los paneles, que gimieron y se doblaron con el impacto. De nuevo se agachó y se lanzó. Con un chasquido de cerrojos y un estruendo de madera, la puerta se astilló y estalló hacia adentro.

"¡Adentro!", rugió Ascalante, enardecido por el espíritu de la hazaña.

"¡Adentro!", gritó Rinaldo. "¡Muerte al tirano!"

Se detuvieron en seco. Conan se enfrentó a ellos, no como un hombre desnudo despertado de un profundo sueño para ser masacrado como una oveja, sino como un bárbaro despierto y en guardia, parcialmente armado y con su larga espada en la mano.

Por un instante el cuadro se mantuvo -los cuatro nobles rebeldes en la puerta rota, y la horda de rostros salvajes y peludos que se agolpaban detrás de ellos-, todos congelados momentáneamente por la visión del gigante de ojos llameantes que estaba de pie,

espada en mano, en medio de la cámara iluminada con velas. En ese instante, Ascalante contempló, sobre una pequeña mesa cerca del sofá real, el cetro de plata y el delgado círculo de oro que era la corona de Aquilonia, y la visión lo enloqueció de deseo.

"¡Adentro, pícaros!", gritó el forajido. "¡Es uno a veinte y no tiene casco!"

Cierto; había faltado tiempo para ponerse la pesada casaca emplumada, o para encajar las placas laterales de la coraza, y tampoco había tiempo ahora para arrancar el gran escudo de la muralla. Aun así, Conan estaba mejor protegido que cualquiera de sus enemigos, excepto Volmana y Gromel, que llevaban armadura completa.

El rey los miró, desconcertado por su identidad. A Ascalante no lo conocía; no podía ver a través de las viseras cerradas de los conspiradores con armadura, y Rinaldo se había bajado la gorra por encima de los ojos. Pero no había tiempo para conjeturas. Con un grito que sonó hasta el techo, los asesinos entraron en la sala, Gromel el primero. Se acercó como un toro de carga, con la cabeza gacha, la espada baja para la estocada de destripamiento. Conan se lanzó a su encuentro, y toda su fuerza de tigre se concentró en el brazo que blandía la espada. En un arco silbante, la gran espada atravesó el aire y se estrelló contra el yelmo del bossoniano. Hoja y casco temblaron juntos y Gromel rodó sin vida por el suelo. Conan retrocedió de un salto, agarrando aún la empuñadura rota.

"¡Gromel!", escupió, con los ojos encendidos por el asombro, mientras el casco destrozado dejaba ver la cabeza destrozada; entonces el resto de la manada estaba sobre él. La punta de una daga le recorrió las costillas entre la coraza y la coraza, y el filo de una espada brilló ante sus ojos. Apartó al portador de la daga con el brazo izquierdo y golpeó la empuñadura rota como un cesto en la sien del espadachín. Los sesos del hombre le salpicaron la cara.

"¡Cuidado con la puerta, cinco de vosotros!", gritó Ascalante, bailando alrededor del borde del torbellino de acero cantarín, pues temía que Conan pudiera atravesarles y escapar. Los pícaros retrocedieron momentáneamente, mientras su líder agarraba a varios y los empujaba hacia la única puerta, y en ese breve respiro Conan saltó a la pared y arrancó de ella una antigua hacha de guerra que, intacta por el tiempo, había colgado allí durante medio siglo.

De espaldas a la pared, se enfrentó al anillo que se cerraba durante un instante, y luego saltó al centro de la batalla. No era un luchador a la defensiva; incluso en los dientes de las probabilidades abrumadoras, siempre llevaba la guerra al enemigo. Cualquier otro hombre ya habría muerto allí, y el propio Conan no esperaba sobrevivir, pero deseaba ferozmente infligir todo el daño que pudiera antes de caer. Su alma de bárbaro estaba encendida, y los cánticos de los viejos héroes cantaban en sus oídos.

Al saltar de la muralla, su hacha dejó caer a un forajido con un hombro cortado, y el terrible revés aplastó el cráneo de otro. Las espadas gemían venenosamente a su alrededor, pero la muerte le pasó de largo. El cimmerico se movía con una velocidad cegadora. Era como un tigre entre babuinos cuando saltaba, esquivaba y

giraba, ofreciendo un objetivo siempre en movimiento, mientras su hacha tejía una brillante rueda de muerte a su alrededor.

Durante un breve espacio de tiempo, los asesinos se abalanzaron sobre él ferozmente, lanzando golpes a ciegas y obstaculizados por su propio número; luego retrocedieron repentinamente: dos cadáveres en el suelo daban muda evidencia de la furia del rey, aunque el propio Conan sangraba por las heridas del brazo, el cuello y las piernas.

"¡Cabrones!", gritó Rinaldo, quitándose la gorra de plumas, con los ojos desorbitados. "¿Acaso rehusáis el combate? ¿Va a vivir el déspota? Fuera de aquí".

Se abalanzó sobre él, lanzándole un golpe loco, pero Conan, al reconocerle, le destrozó la espada con un corto y terrible golpe y con un poderoso empujón de su mano abierta le hizo caer al suelo. El rey tomó la punta de Ascalante en su brazo izquierdo, y el forajido apenas salvó la vida al agacharse y saltar hacia atrás del hacha que se balanceaba. De nuevo los lobos se arremolinaron y el hacha de Conan cantó y aplastó. Un bribón peludo se agachó bajo su golpe y se lanzó a las piernas del rey, pero tras forcejear durante un breve instante con lo que parecía una sólida torre de hierro, levantó la vista a tiempo de ver cómo caía el hacha, pero no a tiempo de evitarla. Mientras tanto, uno de sus camaradas levantó una espada con ambas manos y atravesó la hombrera izquierda del rey, hiriendo el hombro inferior. En un instante, la coraza de Conan estaba llena de sangre.

Volmana, lanzando a los atacantes a diestro y siniestro en su salvaje impaciencia, se abrió paso y asestó un hachazo mortal a la cabeza desprotegida de Conan. El rey se agachó profundamente y la espada le afeitó un mechón de su negra cabellera mientras silbaba sobre él. Conan giró sobre sus talones y golpeó desde un lado. El hacha atravesó la coraza de acero y Volmana se desplomó con todo el costado izquierdo hundido.

"¡Volmana!", jadeó Conan sin aliento. "Se enderezó para enfrentarse a la enloquecida acometida de Rinaldo, que se abalanzó a lo loco, armado sólo con una daga. Conan retrocedió de un salto, levantando su hacha.

"¡Rinaldo!", su voz era estridente, con una urgencia desesperada. "¡Atrás! No quiero matarte..."

"¡Muere, tirano!", gritó el juglar loco, lanzándose de cabeza sobre el rey. Conan retrasó el golpe que no quería asestar, hasta que fue demasiado tarde. Sólo cuando sintió el mordisco del acero en su costado desprotegido, golpeó, en un frenesí de ciega desesperación.

Rinaldo cayó con el cráneo destrozado, y Conan retrocedió contra la pared, con la sangre brotando de entre los dedos que agarraban su herida.

"¡Entra, ahora, y mátalos!", gritó Ascalante.

Conan apoyó la espalda en la pared y levantó su hacha. Parecía la imagen de un primigenio inconquistable, con las piernas muy separadas, la cabeza hacia delante, una mano agarrada a la pared para apoyarse y la otra empuñando el hacha en alto, con los grandes músculos en forma de crestas de hierro y las facciones congeladas en un gruñido mortal de furia, con los ojos brillando terriblemente a través de la niebla de sangre que los cubría. Los hombres vacilaron, aunque eran salvajes, criminales y disolutos, pero provenían de una raza que los hombres llamaban civilizada, con un fondo civilizado; aquí estaba el bárbaro, el asesino natural. Se echaron atrás: el tigre moribundo aún podía repartir muerte.

Conan percibió su inseguridad y sonrió sin gracia y con ferocidad.

"¿Quién muere primero?", murmuró con los labios rotos y ensangrentados.

Ascalante saltó como un lobo, se detuvo casi en el aire con increíble rapidez y cayó postrado para evitar la muerte que siseaba hacia él. Giró frenéticamente los pies para apartarse del camino y rodó para alejarse mientras Conan se recuperaba de su golpe fallido y volvía a golpear. Esta vez el hacha se hundió unos centímetros en el suelo pulido, cerca de las piernas giratorias de Ascalante.

Otro desesperado equivocado eligió este instante para cargar, seguido a medias por sus compañeros. Pretendía matar a Conan

antes de que el cimmerico pudiera arrancar su hacha del suelo, pero su juicio fue erróneo. El hacha roja se levantó y se estrelló contra el suelo, y una caricatura carmesí de un hombre se catapultó contra las piernas de los atacantes.

En ese instante, un grito de miedo brotó de los pícaros de la puerta cuando una sombra negra y deforme cayó sobre la pared. Todos, excepto Ascalante, se giraron al oír ese grito, y luego, aullando como perros, irrumpieron ciegamente por la puerta en una turba delirante y blasfema, y se dispersaron por los pasillos en una huida gritona.

Ascalante no miró hacia la puerta; sólo tenía ojos para el rey herido. Supuso que el ruido de la refriega había despertado por fin al palacio, y que los guardias leales estaban sobre él, aunque incluso en ese momento le pareció extraño que sus endurecidos pícaros gritaran tan terriblemente en su huida. Conan no miró hacia la puerta porque estaba observando al forajido con los ojos ardientes de un lobo moribundo. En este extremo, la filosofía cínica de Ascalante no le abandonó.

"Todo parece estar perdido, sobre todo el honor", murmuró. "Sin embargo, el rey se está muriendo de pie...". No se sabe qué otras reflexiones pasaron por su mente, pues, dejando la frase sin completar, corrió ligeramente hacia Conan en el momento en que el cimmerico empleaba forzosamente su hacha para limpiarse la sangre de sus ojos cegados.

Pero incluso cuando comenzó su carga, hubo un extraño movimiento en el aire y un gran peso golpeó terriblemente entre sus hombros. Se precipitó de cabeza y unas grandes garras se hundieron agónicamente en su carne. Retorciéndose desesperadamente bajo su atacante, giró la cabeza y miró el rostro de la Pesadilla y la locura. Sobre él se agazapaba una gran cosa negra que sabía que no había nacido en un mundo sano o humano. Sus voraces colmillos negros estaban cerca de su garganta y el resplandor de sus ojos amarillos marchitó sus miembros como un viento asesino marchita el maíz joven.

El horror de su rostro iba más allá de la mera bestialidad. Podría haber sido el rostro de una antigua y malvada momia, avivada con vida demoníaca. En aquellos rasgos aborrecibles los ojos dilatados del forajido parecieron ver, como una sombra en la locura que le envolvía, un débil y terrible parecido con el esclavo Thoth-Amon. Entonces la filosofía cínica y omnímoda de Ascalante le abandonó, y con un grito espantoso renunció al fantasma antes de que aquellos colmillos esclavizantes le tocaran.

Conan, sacudiendo las gotas de sangre de sus ojos, miró congelado. Al principio pensó que era un gran sabueso negro el que se alzaba sobre el cuerpo distorsionado de Ascalante; luego, cuando su vista se aclaró, vio que no era ni un sabueso ni un babuino.

Con un grito que fue como un eco del grito de muerte de Ascalante, se apartó de la pared y se enfrentó al horror que saltaba con un golpe de hacha que tenía toda la fuerza desesperada de sus nervios electrificados. El arma voladora se apartó del cráneo

inclinado que debería haber aplastado, y el rey fue lanzado a medio camino de la cámara por el impacto del cuerpo gigante.

Las mandíbulas se cerraron sobre el brazo que Conan levantó para protegerse la garganta, pero el monstruo no hizo ningún esfuerzo por asegurar un agarre mortal. Por encima del brazo destrozado, miró diabólicamente a los ojos del rey, en los que empezó a reflejarse el horror que miraban los ojos muertos de Ascalante. Conan sintió que su alma se encogía y comenzaba a ser extraída de su cuerpo, para ahogarse en los pozos amarillos del horror cósmico que brillaban espectralmente en el caos informe que crecía a su alrededor y engullía toda vida y cordura. Esos ojos crecieron y se volvieron gigantescos, y en ellos el cimmerio vislumbró la realidad de todos los horrores abismales y blasfemos que acechan en la oscuridad exterior de los vacíos sin forma y los golfos nocturnos. Abrió sus labios ensangrentados para gritar su odio y su aversión, pero de su garganta sólo brotó un cascabel seco.

Pero el horror que paralizó y destruyó a Ascalante despertó en el cimmerio una furia frenética parecida a la locura. Con un tirón volcánico de todo su cuerpo se lanzó hacia atrás, sin importarle la agonía de su brazo desgarrado, arrastrando al monstruo con él. Y su mano extendida golpeó algo que su aturrido cerebro de luchador reconoció como la empuñadura de su espada rota. Instintivamente la agarró y golpeó con toda la fuerza de los nervios y de la mano, como un hombre apuñala con una daga. La hoja rota se hundió profundamente y el brazo de Conan se soltó mientras la aborrecible boca se abría como en agonía. El rey fue arrojado violentamente a un lado, y alzándose sobre una mano vio, como aturrido, las terribles convulsiones del monstruo del que brotaba una espesa sangre a través de la gran herida que su hoja rota había desgarrado. Y mientras lo observaba, sus luchas cesaron y se quedó tendido, sacudiéndose espasmódicamente, mirando hacia arriba con sus

espantosos ojos muertos. Conan parpadeó y se sacudió la sangre de sus propios ojos; le pareció que la cosa se derretía y se desintegraba en una masa viscosa e inestable.

Entonces llegó a sus oídos una mezcolanza de voces, y la sala se llenó de gente de la corte finalmente despertada -caballeros, pares, damas, hombres de armas, consejeros-, todos balbuceando y gritando y estorbándose unos a otros. Los Dragones Negros estaban presentes, furiosos, maldiciendo y alborotando, con las manos en las empuñaduras y juramentos extraños en los dientes. Del joven oficial de la guardia de la puerta no se vio nada, ni se le encontró entonces ni después, aunque se le buscó con ahínco.

"¡Gromel! ¡Volmana! Rinaldo!", exclamó Publio, el alto consejero, retorciéndose las gordas manos entre los cadáveres. "¡Negra traición! ¡Alguno bailará por esto! Llama a la guardia".

"¡La guardia está aquí, viejo tonto!", espetó Pallantides, comandante de los Dragones Negros, olvidando el rango de Publio en la tensión del momento. "Será mejor que dejes de parlotear y nos ayudes a vendar las heridas del rey. Está a punto de morir desangrado".

"¡Sí, sí!", gritó Publio, que era un hombre de planes más que de acción. "Debemos vendar sus heridas. Mandad llamar a todas las sanguijuelas de la corte. ¡Oh, mi señor, qué negra vergüenza para la ciudad! ¿Está completamente muerto?"

"¡Vino!", jadeó el rey desde el sofá donde lo habían acostado. Le pusieron una copa en los labios ensangrentados y bebió como un hombre medio muerto de sed.

"¡Bien!", gruñó, cayendo de espaldas. "Matar es un trabajo seco y maldito".

Habían detenido el flujo de sangre, y la vitalidad innata del bárbaro se estaba imponiendo.

"Ved primero la herida de daga en mi costado", pidió a los médicos de la corte. "Rinaldo me escribió una canción mortal allí, y el estilete era afilado".

"Deberíamos haberle ahorcado hace tiempo", farfulló Publio. "Nada bueno puede salir de los poetas: ¿quién es éste?"

Tocó nerviosamente el cuerpo de Ascalante con el dedo de su sandalia.

"¡Por Mitra!", jaculó el comandante. "¡Es Ascalante, otrora conde de Thune! ¿Qué obra del demonio le ha traído desde sus guaridas del desierto?"

"¿Pero por qué mira así?" susurró Publius, apartándose, con los ojos muy abiertos y un peculiar pinchazo entre los cortos pelos de su gorda nuca. Los demás guardaron silencio mientras miraban al forajido muerto.

"Si hubierais visto lo que él y yo vimos", gruñó el rey, incorporándose a pesar de las protestas de las sanguijuelas, "no os habríais preguntado. Se detuvo en seco, con la boca abierta y el dedo señalando infructuosamente. Donde el monstruo había muerto, sólo el suelo desnudo se encontraba con sus ojos.

"¡Crom!", juró. "¡La cosa se ha derretido de nuevo en la inmundicia que la llevaba!"

"El rey está delirando", susurró un noble. Conan escuchó y juró con bárbaros juramentos.

"¡Por Badb, Morrigan, Macha y Nemain!", concluyó con ira. "¡Estoy cuerdo! Era como un cruce entre una momia estigia y un babuino. Entró por la puerta, y los pícaros de Ascalante huyeron ante él. Mató a Ascalante, que estaba a punto de atravesarme. Entonces se me echó encima y lo maté; no sé cómo, porque mi hacha se desprendió de él como de una roca. Pero creo que el sabio Epemitreus tuvo algo que ver..."

"¡Oye cómo nombra a Epemitreus, muerto desde hace mil quinientos años!", susurraron entre sí.

"¡Por Ymir!", tronó el rey. "¡Esta noche he hablado con Epemitreus! Me llamó en mis sueños, y caminé por un corredor de piedra negra tallada con viejos dioses, hasta una escalera de piedra en cuyos peldaños estaban los contornos de Set, hasta que llegué a una cripta, y a una tumba con un fénix tallado en ella-"

"En nombre de Mitra, señor rey, ¡cállate!" Fue el sumo sacerdote de Mitra quien gritó, y su semblante era ceniciento.

Conan levantó la cabeza como un león que echa la melena hacia atrás, y su voz estaba llena del gruñido del león enfadado.

"¿Soy un esclavo para cerrar la boca a tus órdenes?"

"¡No, no, mi señor!" El sumo sacerdote temblaba, pero no por miedo a la ira real. "No quise ofender". Inclino la cabeza cerca del rey y habló en un susurro que sólo llegó a los oídos de Conan.

"Mi señor, este es un asunto que va más allá de la comprensión humana. Sólo el círculo íntimo de los sacerdotes conoce el corredor de piedra negra tallado en el corazón negro del monte Golamira, por manos desconocidas, o la tumba custodiada por fénix donde

Epemitreus fue depositado hace mil quinientos años. Y desde entonces ningún hombre vivo ha entrado en ella, pues sus sacerdotes elegidos, después de colocar al Sabio en la cripta, bloquearon la entrada exterior del corredor para que nadie pudiera encontrarla, y hoy ni siquiera los sumos sacerdotes saben dónde está. Sólo de palabra, transmitida por los sumos sacerdotes a unos pocos elegidos, y guardada celosamente, el círculo íntimo de los acólitos de Mitra conoce el lugar de descanso de Epemitreus en el corazón negro de Golamira. Es uno de los Misterios sobre los que se asienta el culto de Mitra".

"No puedo decir por qué magia Epemitreus me trajo a él", respondió Conan. "Pero hablé con él, y me hizo una marca en mi espada. Por qué esa marca la hizo mortal para los demonios, o qué magia había detrás de la marca, no lo sé; pero aunque la hoja se rompió en el casco de Gromel, el fragmento fue lo suficientemente largo como para matar el horror."

"Déjame ver tu espada", susurró el sumo sacerdote desde una garganta repentinamente seca.

Conan le tendió el arma rota y el sumo sacerdote gritó y cayó de rodillas.

"¡Mitra nos protege contra los poderes de la oscuridad!", jadeó. "¡El rey ha hablado con Epemitreus esta noche! Allí, en la espada, está el signo secreto que sólo él puede hacer: ¡el emblema del fénix inmortal que siempre está sobre su tumba! ¡Una vela, rápido! Mira de nuevo el lugar donde el rey dijo que murió el duende".

Estaba a la sombra de un biombo roto. Tiraron el biombo a un lado y bañaron el suelo con la luz de las velas. Y un silencio estremecedor se apoderó de la gente mientras miraban. Entonces algunos cayeron de rodillas invocando a Mitra, y otros huyeron gritando de la cámara.

Allí, en el suelo, donde el monstruo había muerto, yacía, como una sombra tangible, una amplia mancha oscura que no podía borrarse; la cosa había dejado su contorno claramente grabado en su sangre, y ese contorno no era el de ningún ser de un mundo sano y normal. La mancha era lúgubre y horrible, como la sombra proyectada por uno de los dioses simiescos que se acurrucan en los sombríos altares de los templos de la oscura tierra de Estigia.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!